



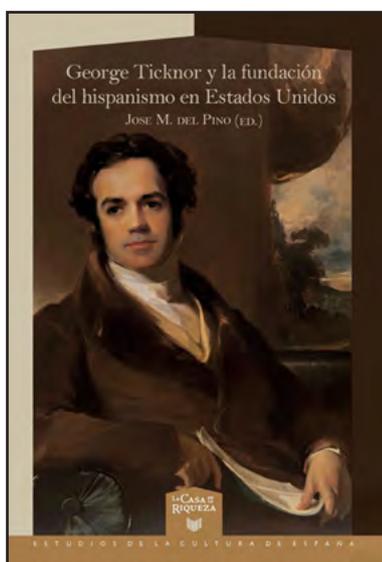
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 30 (2024)

José M. DEL PINO (ed.) (2022), *George Ticknor y la fundación del hispanismo en Estados Unidos*, Madrid – Frankfurt, Iberoamericana – Vervuert (La Casa de la Riqueza. Estudios de la Cultura de España, nº 64), 446 pp.



La imagen de España en los Estados Unidos en muchas ocasiones se reduce a un colorido relato de toreros, paella y flamenco equivalente a un folleto turístico. Sin embargo, en los terrenos académicos y de la alta cultura el imaginario resulta mucho más complejo. Lo cierto es que el campo de los estudios españoles, como bien señalan Donald W. Bleznick y Richard L. Kagan en «Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States», «ofreció al joven país una forma de reflejar una imagen positiva de sí mismo como democracia, en contraste con la intolerancia y cerrazón españolas percibidas» (*Hispania*, 86.3, 2003, p. 51), bajo los prejuicios y estereotipos negativos de la Leyenda Negra; pero también dentro de un contexto de autoconciencia respecto de su propia insuficiencia cultural. Todo ello lo reflejó a la perfección Richard L. Kagan en su magnífica monografía *The Spanish Craze: America's Fascination with the Hispanic World, 1779-1939* (Lincoln, NE, University of Nebraska Press, 2019; traducción reducida española en *El embrujo de España. La cultura norteamericana y el mundo hispánico, 1779-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2021), donde dibuja un completo panorama de la *fiebre española* que se desata en Estados Unidos a partir del conflicto bélico del 98 hasta la guerra civil, sin desatender sus complejas y controvertidas raíces culturales e históricas, en torno a

determinados epicentros como la Hispanic Society of America, la España bravía de los años de la Conquista, la España soleada romántica o el desarrollo de los estudios hispánicos en los reticentes y conservadores ámbitos académicos de Nueva Inglaterra de Harvard y Yale: una cultura y una civilización —la española—, para muchos «muerta y acabada», según las palabras del filántropo Morris Ketchum Jesup, en 1883, por entonces director del Museo de Historia Natural de Nueva York, en conversación con Archer Milton Huntington.

Escritores como Washington Irving y Henry Wadsworth Longfellow, o eruditos como William H. Prescott y George Ticknor, sirvieron a esta causa desde una postura crítica en la que «contrapusieron el fracaso de la historia española al excepcionalismo estadounidense». De todos ellos, el caso de Ticknor resultaba especialmente relevante, como veremos a continuación, gracias a su visión de la cultura literaria peninsular como una de las raíces más principales del hispanismo norteamericano hasta nuestros días. Este volumen colectivo sobre *George Ticknor y la fundación del hispanismo en Estados Unidos* trata de ello. Un acercamiento colectivo que viene a paliar, en parte, la sorprendente escasa bibliografía en torno a la obra del bostoniano, por culpa de la ceguera de las «disgregaciones sociologistas» y de los «estudios ajenos al lento saber forjado en la lectura y en las disciplinas filológicas», en palabras de José Manuel Pons («La historiografía literaria anglosajona: Ticknor», *Recensión*, 10, 2023); y que continúa los esfuerzos de otros estudiosos como Rolena Adorno, Salvador García Castañeda, David T. Gies, Iván Jaksic, Richard L. Kagan, Taylor C. Leigh, Antonio Martín Ezpeleta, Luis Fernández Cifuentes, Franco Meregalli y Miguel Romera Navarro; algunos de ellos actualizados ahora en este volumen.

Ticknor publica en Nueva York (Harpers), y simultáneamente en Londres (John Murray), en 1849 su famosa e imponente para la época *History of Spanish Literature*. Un texto que se fundamentaba en conceptos tomados de la crítica idealista romántica de cuño alemán (el famoso *Volksgeist*) y que tuvo una amplia repercusión, además de en la academia estadounidense, en España e Hispanoamérica. La obra se traduce al español por Gayangos y Vedia, que la completaron con numerosas anotaciones y apéndices; trabajos que sirvieron, por cierto, a Gayangos para diseñar algunos tomos de la Biblioteca de Autores Españoles.

Lo cierto es que con esta historia de la literatura española en tres volúmenes —y que se divide en tres grandes periodos históricos (desde sus orígenes hasta Carlos v, de Carlos v hasta Felipe v, y de Felipe v hasta el presente)—, puede decirse que comenzaba oficialmente la rica tradición del hispanismo norteamericano, truncada en las últimas décadas y reducida a un mero epígono de los estudios culturales y/o sociológicos. Hasta la publicación en 1898 de *A history of Spanish Literature*, de Fitzmaurice-Kelly, es el único texto americano de referencia. Un texto académico que no solo nos ofrecía un completo y articulado panorama histórico de las letras hispánicas, sino que además solía entrar en cuestiones polémicas de cierta actualidad, y entidad filológica e historiográfica, como era el caso, por ejemplo, del problema del *Buscapié*, el falso apócrifo cervantino elaborado en 1848 por el erudito gaditano Adolfo de Castro (*El buscapié de Cervantes. Con notas históricas y críticas por don Adolfo de Castro*), y que haría pasar a propios y extraños como todo un descubrimiento original. La lucidez y sus conocimientos de la historia literaria le hicieron dudar rápidamente de esa más que sospechosa paternidad, a pesar de que inicialmente lo había dado por bueno y lo traduce al inglés. Lo mismo podría decirse, por ejemplo, de su sagacidad para intuir la influencia árabe en el nacimiento de la poesía peninsular, o la puesta en valor del teatro áureo, al igual que saca a la luz textos publicados por primera vez.

La originalidad de la obra consistía, pues, en aportar una información sólida y contrastada: contexto histórico y perspectivas historicista, obras manuscritas e impresas, su repercusión dentro y fuera de nuestras fronteras, crítica contemporánea a las obras y valoración argumentada de las mismas. Todo ello sobre la base de una documentación basada en el manejo directo de los textos y en la información de su red de colaboradores, corresponsales y especialistas; una especie de «albañilería filológica» cuyo pilar no era otro que partir del principio medular de que la biblioteca es la base esencial para el acceso al conocimiento. En el prólogo a la obra escribe: «Leímos juntos la vieja poesía castellana que conocía mejor que la moderna y de la que tenía más analogías con sus inclinaciones y sus gustos. [José Antonio Conde] me acompañaba también en mis excursiones para buscar los libros que necesitaba, cosa que no era fácil en un país en el que las bibliotecas, en el verdadero sentido de la palabra, eran completamente desconocidas, y donde la Inquisición y el confesonario han vuelto a menudo muy extraño el objeto de sus más vivos deseos. Pero Conde conocía los rincones donde era necesario buscar estos libros y a los que los vendían, y es a él al que le debo los fondos de mi colección sobre la literatura española, colección que jamás hubiera podido reunir sin su cooperación».

Este era el nivel académico de la obra, donde demostró no solo un interés por dar cuenta de los asuntos más novedosos de la actualidad filológica, sino también participar activamente de aquellos entramados desde su magisterio en la línea de Bouterwek, Simonde de Sismondi, Bartolomé José Gallardo o José Amador de los Ríos. No en vano, debe considerarse como el primer profesor de literatura moderna de los Estados Unidos formado en universidades europeas y uno de los grandes hispanistas. Así lo subraya el editor del volumen que reseño: «Ticknor es, sin duda, un pionero en el campo del *hispanismo*, entendido como disciplina académica y práctica intelectual dedicadas al estudio de la lengua española y de la cultura de los países y regiones hispanohablantes, aplicándose en sus inicios a la labor realizada fuera de la Península» (p. 11).

De todos estos aspectos relacionados con los orígenes del hispanismo en Estados Unidos da cuenta este documentado y completo volumen editado por José Manuel del Pino, catedrático de Lengua y Literatura Española en Dartmouth College (New Hampshire). Un libro que en cierto sentido debe entenderse como un libro de síntesis a los meritorios y continuados trabajos del profesor del Pino dentro de este ámbito (*El hispanismo en Estados Unidos. Discursos críticos/prácticas textuales*, 1999; *America, the Beautiful: la presencia de Estados Unidos en la cultura española contemporánea*, 2014; *El impacto de la metrópoli: la experiencia americana en Lorca, Dalí y Buñuel*, 2018).

Resultado de un congreso celebrado en 2019 al calor del 250 aniversario de la fundación de Dartmouth College, donde también se inició académicamente George Ticknor, este libro supone una actualización crítica del hispanismo norteamericano. El volumen se divide en dos partes claramente diferenciadas: 1) Ticknor y su contribución al hispanismo; y 2) Ticknor y su legado. La primera parte está dedicada en exclusiva a los estudios en torno a los trabajos y preocupaciones de Ticknor, donde el propio editor del volumen elabora con un carácter introductorio un completo panorama sobre la obra y la vida del hispanista («George Ticknor: el viaje hacia *History of Spanish Literature* (1849)», pp. 21-50); lo que se complementa con sus relaciones con Jefferson («La amistad de George Ticknor y Thomas Jefferson: nacimiento del hispanismo norteamericano, Rolena Adorno, pp. 51-72), convencido del valor de un sistema educativo que debía mejorarse ostensiblemente —de ahí su estancia en la universidad alemana de Gotinga y sus viajes por los países europeos más importantes— y contribuir así a la consolidación social y cultural de Estados Unidos como incipiente nación; ideas compartidas por Jefferson, a lo que tampoco escapaba el hecho concreto de que los mismos los orígenes de Estados Unidos

estaban escritos en lengua española: de ello derivaba parte de sus intereses —los intereses del presidente— en la *History*.

Sigue una aproximación a sus apreciaciones sobre España, sus gentes y sus costumbres, porque conviene no olvidar que, en su rastreo historiográfico por la literatura española, también va asomando la mirada del curioso y viajero romántico que queda fascinado por la cultura y las costumbres españolas; algo de lo que se da cuenta a través de sus diarios de viaje. Sobre este último asunto se centra el trabajo de Antonio Martín Ezpeleta, que ya había editado los *Diarios de viaje por España* del hispanista («España, los españoles y Ticknor en sus *Diarios de viaje*, 1818», pp. 73-98).

A continuación, encontramos las páginas dedicadas al cervantismo: Isabel Lozano-Renieblas sobre sus lecturas del *Quijote* («George Ticknor, lector de Cervantes, pp. 99-120); y Lope de Vega y su *Castigo sin venganza* («Ticknor, *El castigo sin venganza* de Lope de Vega y el concepto de drama nacional», Antonio Arraiza Rivera, pp. 121-142), un interesante trabajo este último que reivindica la existencia de una tragedia nacional cuyo exponente lopesco —el autógrafo de *El castigo sin venganza*, que se conserva hoy en la Biblioteca Pública de Boston procede de la biblioteca de Ticknor quien lo había adquirido durante su estancia en España— debe considerarse como un claro exponente de una tradición autóctona propia entronizada en el Siglo de Oro, y después desarrollada desde unos planteamientos modernizadores durante las décadas de la Ilustración española, de acuerdo con las pioneras hipótesis del hispanista norteamericano.

Les siguen temas como la historia literaria propiamente dicha («Lecciones de la historia (literaria): la recepción y mediación de la literatura española por parte de George Ticknor», Taylor C. Leigh, pp. 143-172); o la traducción de su *History* («Una mirada traductológica a George Ticknor y su *History of Spanish Literature*», Marta Mateo, pp. 173-206). Un racimo de artículos que se centran en el papel que su obra desempeñó en la fijación del canon literario peninsular. A continuación, Santiago M. Santiño («George Ticknor y Pascual de Gayangos: historia de una mediación cultural» (pp. 207-238) se adentra en las relaciones intelectuales y literarias que tenía por toda Europa, un aspecto relevante para comprender el alcance y repercusión de la obra fuera del ámbito norteamericano.

Este apartado concluye con dos trabajos singulares. Por un lado, el capítulo de Bruce Edward Graves titulado «George Ticknor y la invención de la historia de la literatura en América» (pp. 239-257). Graves analiza el sistema y las circunstancias históricas en las que tanto Ticknor como W. H. Prescott escribieron sus respectivas historias literarias, así como su valor historiográfico en su época, con especial atención a las preferencias de Ticknor por la literatura española, donde destaca su carácter popular frente a los otros modelos como el cortesano y más aristocrático de la literatura francesa. El segundo y último trabajo («La visión de los métodos de enseñanza de lengua de George Ticknor en relación con las orientaciones a la enseñanza del español en Estados Unidos», de Alberto Bruzos Moro, pp. 259-288), como su propio enunciado dice, es un esbozo de estudio sobre los inicios metodológicos y didácticos de la enseñanza del español practicados por el hispanista, a partir de una conferencia impartida en 1832 «sobre los mejores métodos para enseñar las lenguas vivas».

La segunda parte de la obra está dedicada al estudio del legado de Ticknor: trabajos que hablan de los ecos del hispanista, tanto desde el punto de vista de su *History* como de sus otras labores en la Universidad de Harvard —reunió su colección de literatura moderna— y la Biblioteca Pública de Boston —además de custodiar su propia biblioteca particular, fue su principal agente de adquisiciones—. En primer lugar, nos encontramos con el trabajo de Jaksic («La recepción de la obra de George Ticknor en Hispanoamérica», pp. 289-304), que se centra en el análisis de la recepción de la *History* en el ámbito

hispanoamericano, con nombres como Sarmiento o del Monte dentro de sus contactos en tierras de América del Sur. Después le sigue «El hispanismo de William H. Prescott y la mitohistoria de la conquista de México» (Jorge Quintana Navarrete, pp. 305-326), donde se estudian los rasgos fundamentales de la mitohistoria y los problemas derivados de este discutido concepto historiográfico en relación con la conquista española de México.

Más interés despierta el artículo del historiador Richad L. Kagan «El George Ticknor de Dartmouth y el inicio de la locura española en Estados Unidos» (pp. 327-346), que desarrolla algunos aspectos de su *The Spanish Craze*, y donde se recorre el complejo camino de los estudios de literatura española en Norteamérica hasta llegar a los inicios del siglo xx bajo el paraguas cultural, político y económico que se inicia tras el conflicto bélico del 98 que abre todo un abanico de posibilidades para con el vasto territorio de habla hispana de América del Sur y el propio sur de Estados Unidos. Igualmente destaca el capítulo «This Palace is the People's Own: Ticknor, Guastavino y la Biblioteca Pública de Boston», de Alberto Medina (pp. 347-368), en el que se indaga en los orígenes filantrópicos con los que se fundó esta importante biblioteca pública norteamericana —primera biblioteca pública municipal de Estados Unidos y tercera del país después de la Library of Congress y la de la Universidad de Harvard—, que albergaría su colosal colección y cuya sobria arquitectura propondría el hispanista, donde destaca la originalidad de su bóveda tabicada del arquitecto español Rafael Guastavino. También la primera biblioteca pública de préstamo, gracias a la insistencia del propio Ticknor y sus ideas en torno la cultura abierta en torno al libro, al que debía acceder cualquier ciudadano, con independencia de su procedencia, condición social o económica.

Continuamos con «Katharine Lee Bates en la España del Desastre: exploraciones culturales y espíritu regeneracionista» de Carlos Ramos (pp. 369-398); y el capítulo de Patricia Fernández Lorenzo («Archer M. Huntington y la erudición como base de la Hispanic Society of America», pp. 399-424). Se rastrea aquí la actividad de esta singular y llamativa sociedad hispanista, fundada de 1904 por el magnate estadounidense de la metalurgia Archer Huntington quien, atrapado por la fascinación española al igual que su compatriota Ticknor, consagraría su vida, sus estudios y, fundamentalmente, su vasta fortuna a crear una de las grandes colecciones de arte —el Greco, Velázquez, Goya, Sorolla— y literatura hispánicas del mundo, a raíz de la adquisición en Londres —y lectura— de la obra de George Borrow *The Zinçali; or, An Account of the Gypsies in Spain* [*Los Zinçali (los gitanos de España)*] (Londres, 1841), durante su primer viaje a Europa en 1882. Como dato muy esclarecedor de todo ello, basta recordar la compra a golpe de talón de la biblioteca privada del marqués de Jerez de los Caballeros, que desembarcó en el puerto de Nueva York en 1902, para disgusto y escándalo de Rodríguez Marín y Menéndez Pelayo, por entonces director de la Biblioteca Nacional de España, por lo que supuso de expolio patrimonial —allí solía trabajar habitualmente el autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* cuando estaba en Sevilla—; una biblioteca que constituye una de las adquisiciones estrellas de la Hispanic Society of America, con veinte mil volúmenes, papeles y manuscritos: doscientos cincuenta incunables, primeras ediciones de *La Celestina*, *Tirant lo Blanc*, *El Quijote*, toda Sor Juan Inés de la Cruz, etc.

A modo de guión histórico, el volumen se cierra con el significativo artículo de Soria Olmedo «El Ticknor de Jorge Guillén: lo dicho y lo no dicho» (pp. 425-437), en el que el profesor de la Universidad de Granada se enfrenta a los documentos epistolares en torno a la conferencia que Jorge Guillén dedicó a Ticknor, en cierto sentido, como preámbulo años después de su exilio forzado en el Wellesley College, dentro de un contexto de auge del hispanismo norteamericano, aunque por circunstancias alejadas del interés intrínseco por la cultura española como es la diáspora española de intelectuales y escritores tras la

guerra civil, una especie de epígono de lo que Kagan denomina «la llamarada española» de los años veinte y treinta.

George Ticknor murió en 1871, pero su vasto legado e impronta no. Su obra, de consulta obligada para los estudiosos de la literatura española, aunque superada en muchos aspectos, desde el punto de la historiografía literaria decimonónica continúa siendo un eje central junto a las innumerables papelas bibliográficas y filológicas de Bartolomé José Gallardo o los trabajos de Cayetano Alberto de BARRERA con su monumental *Diccionario bibliográfico del teatro español*, dentro de una amplia galería de eruditos y bibliófilos decimonónicos: Asenjo Barbieri, Pardo de Figueroa y de la Serna, Cármena y Millán, Cotarelo y Mori, Cavia y Lac, de los Ríos y Nostench, López-Valdemoro, Peña y Goñi, Revilla, Cejador y Frauca, Deleito y Piñuela, Juderías Loyot, etc. Todos ellos y ellas —el otro 98— siguen esperando aún la mirada de nuestros jóvenes investigadores. Este libro sobre el hispanista norteamericano es una magnífica muestra del camino que hay que recorrer.

Alberto ROMERO FERRER
<https://orcid.org/0000-0002-3808-8672>